

american most wanted

Texto **Laura Gamundi**
Ilustración **Tamara (Anacronic)**



Justin Taylor
FLORIDA, 1982

"Dejo de apretarle tanto el cuello a Andrea y le digo: 'Si estuvieras conmigo, sólo te haría daño cuando quisieras'. Y ella me dice: 'Entonces, ¿dónde estaría la gracia?' Su voz es un jirón. Cuando vuelvo a dejarla sin aire me agarra como un puño bien prieto". Justin Taylor ("Aquí todo es mejor")

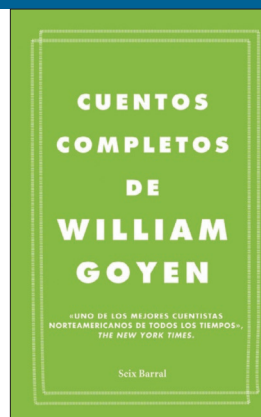
Tuve que llegar a la página 159 de "Aquí todo es mejor", el fantástico debut de ese superdotado del relato corto que es Justin Taylor, para averiguar a qué me recordaba esa sensación de extrañeza y ese gusto por lo bizarro (en el sentido más críptico de la palabra) que emanaban de algunos de sus cuentos. Entonces, allí, bajo el segundo párrafo que seguía al precioso título (eso es indiscutible) "*Resplandecientes gemas en la noche de los tiempos*", apareció la palabra mágica: "DEBASER". "Pienso en la canción *Debaser* de los Pixies y repito el estribillo en voz baja mientras trabajo –'debaser, debaser, DEBASER, debaser'–, que no parecerá gran cosa, supongo, pero tenéis que imaginarlo como lo imagino yo, es decir, con melodía". Ciertamente, la palabra que da título al primer y muy buñueliano tema del "Doolittle" (1989) de Pixies accionó el interruptor: los relatos de Justin Taylor son inescrutables piezas de miniatura, microficción, flash fiction o como quieran llamarlo, cargadas de oscuridad y guiadas por la lógica de lo ambiguo. Deténganse si no en analizar, por un momento, el título "Everything here is the best thing ever" ("Aquí todo es mejor"), tan engañosamente seductor como en su día lo fue el depresivo cuento de Lorrie Moore, "People like that are the only people here", que puede encontrarse en el excelente "Pájaros de América", o el más reciente "No one belongs here more than you" ("Nadie es más de aquí que tú"), de Miranda July. Títulos seductores pero que invitan a desconfiar, muy elocuentes si de lo que se trata es de hablar de oscuridad: esa oscuridad que todo lo invade en las relaciones físicas y sentimentales que pueden darse entre amigos

(sirva como ejemplo el relato "Lo que fue tuyo", donde un amigo le suplica a otro que le describa al detalle cómo es el sexo con su chica, de la que él está profundamente enamorado) o esos amantes que no conciben la proximidad física sin que haya mordiscos o circulen hilos de sangre ("*Resplandecientes gemas en la noche de los tiempos*"). Parece que el masoquismo está a la orden del día cuando hay que diseccionar esa cosa abstracta e impenetrable que algunos se han atrevido a llamar "ente contemporáneo", nada más y nada menos que estos tiempos absurdos y contradictorios que nos han tocado vivir.

"Aquí todo es mejor" funciona como retrato emocional de esos veinteañeros a la deriva que viven encerrados en su biosfera particular, poblada de tattoos, walkmans y perfiles de MySpace (sí, todavía estamos en el 2000), mientras nadan entre la confusión y la anarquía sentimental y muy al límite tan propia de Dennis Cooper. Una estudiante de instituto que desea reconquistar a su amor se lanza a la experimentación con la magia gótica. Asiduos de una cafetería del Lower East Side se pasan el día criticando a la nueva clientela burguesa, así como a su cambiante vecindario. En "En el fondo, siento que ya me he ido", Kyle –encerrado en su pueblo y en un noviazgo intermitente– recibe el incómodo encargo de su tío de acabar con su gato Buckles. Un jugador de "Tetris" intenta batir su propio récord en mitad del Apocalipsis mientras su novia duerme. A partir de estos gérmenes argumentales no exentos de humor y sarcasmo, Taylor cultiva un realismo urbano escrito, se diría, bajo el influjo de la Gran Recesión. Y haciendo que sus personajes –de corte radical, todo sea dicho– afronten sus emociones y por supuesto el sexo de una manera directa e impúdica. Un poco a la manera de Lena Dunham en "Girls" pero diez años atrás y sin perder de vista que las relaciones sentimentales siempre estarán más cerca de Bataille que de una higiénica comedia romántica al uso.

"Cuentos completos
William Goyen

SEIX BARRAL



La literatura consiste en encontrar una historia potencial en cualquier rincón donde se pose la vista, sea esta interior o exterior. Ahí está –descubre alborozado el narrador– y ahora voy a ordenarla de cara a compartirla con vosotros. Las letras sureñas de Estados Unidos se han caracterizado por camuflar esta sensación de descubrimiento y anhelo de transmisión, dotando a sus relatos de un carácter orgánico, como si emergiera directamente de la tierra o de la conciencia de unos personajes que no acaban de plantearse quién hay al otro lado del papel. Dotado de la espontaneidad del niño o de la gravedad que conduce al fruto a caer, el acto literario aparece entre nosotros como resultado de un parto natural, libre, desprovisto de cálculo. No en balde algunas de sus más nobles criaturas han sido niños y retrasados mentales, locos e iluminados, no pocos desclasados y forajidos, dueños, por lo general, de miradas indómitas y corazones puros, peones antes que moldeadores de una realidad violenta e implacable. Pensemos en Faulkner, McCullers, Harper Lee o Davis Grubb. Asimismo, la narrativa que define a los antiguos estados esclavistas se alimenta de una mitología donde las principales fuerzas en juego son o bien inefables (los lazos de sangre, los espíritus) o bien imprevisibles (la Naturaleza, la conducta humana). Los cuentos de William Goyen, modesta estrella muerta cuya refulgente luz no había llegado a nosotros hasta hoy, concentra en grado superlativo esta idea de trozos de vida que laten con una gracia propia, al tiempo que sugieren una cualidad misteriosa e ingobernable habitando en su centro y resistiéndose a tomar forma. Su geografía fundacional es el estado de Texas, dominado por la Biblia y la superchería, donde las fronteras entre vivos y muertos son porosas o un lugar en el que la climatología decide la fortuna de muchos y los animales muestran de qué están hechos los hombres que los cazan, un sendero que se abandona para siempre regresar, un reino trágico en el que las familias se quedan con la palabra en la boca para toda la eternidad y la muerte se agazapa donde más alumbra el sol. Con frecuencia urgidos por el peso de la duda o animados por un temblor pasajero o poseídos por un arrebató de lucidez, los personajes reconstruyen con fervor sus días de fugaz esplendor o de espesa tiniebla, airean sus fantasmas, le piden a sus recuerdos una claridad imposible, claman redención... Goyen puebla con ellos un territorio poético donde en cada recodo aguarda la posibilidad de que surja un brote de magia atávica, aquella por la cual un gusano o una tempestad devienen metáforas de la insondable alma humana. **Antonio Lozano**